

# PANORAMA DE LA LITERATURA ALEMANA CONTEMPORÁNEA

EL AÑO PASADO, la Fundación Wheatland me pidió que hiciera una caracterización de las corrientes de la literatura alemana occidental y que presentara un estudio de los proyectos de los escritores alemanes y de sus razones para escribir y para no escribir. Acepté con gusto esta invitación.

Todavía tenía por delante la Feria del Libro de Frankfurt y debía leer los enormes suplementos literarios dedicados a la feria publicados por los diarios, que han reemplazado el cúmulo de revistas literarias de los años veinte. Aún faltaban las presentaciones en televisión de nuestros grandes críticos literarios, que en Alemania tienen tanta autoridad como el Papa, pues no admiten más que una interpretación de los libros, es decir la suya, y que me informarían acerca de las nuevas corrientes. La ausencia de nuevas corrientes discernibles no arredra a los críticos, que se las sacan de la manga o llaman a la misma ausencia de corrientes un nuevo estilo. Por otro lado, se acercaba la Navidad, la temporada de mayor actividad comercial del año: en Alemania es obligado regalar en Navidad por lo menos un libro, aun cuando hace mucho dejó de ser la Biblia. Y finalmente pero no en último término: Chernobyl y la contaminación del Rin dejaron de ser las noticias más importantes para ceder el paso a las próximas elecciones nacionales, acontecimiento que siempre ha provocado los comentarios de nuestros escritores. Esta vez el asunto era si las políticas abiertamente anti-intelectuales de la administración de Kohl continuarían. En otras palabras, los intereses de los escritores estaban en juego. También quería referirme a los escritores que han dado la espalda a los asuntos públicos, como Wolfgang Hildesheimer, el novelista y biógrafo de Mozart, quien ha declarado que a causa del estado del mundo no escribirá más historias, pues no puede imaginar futuros lectores para ellas.

Nada más sencillo, pensé —pesimista moderado que se gana la vida con sus libros—, que ir a Washington a contarles a mis ilustres colegas todo lo que está pasando con la literatura en Alemania, tierra de poetas y pensadores.

Para resumir: estoy ante ustedes con las manos prácticamente vacías, pues la feria del libro se llevó a cabo como todos los años y hubo más libros que nunca. Se otorgaron todos los premios literarios importantes: el Premio Schiller y el Premio Goethe, el Premio Hölderlin, el Kleist, los premios Lessing, Fontane y Heine, el Hebel y los Hebbel, sin contar los premios George, Benn, Kastner y Zuckmayer, además de los premios literarios Munich, Colonia, Karlsruhe y Berlín. Hasta el Premio Büchner encontró un ganador, aunque —como se comentó sarcásticamente— treinta años tarde. Fue otorgado a Friedrich Dürrenmatt, quien se encontraba sin aliento después de haber recibido el Premio Schiller por tercera vez. Hubo discursos en todas las ceremonias de premiación: "El escritor y la Ecología", "El escritor y la Sociedad", "El escritor y la Verdad".

## MICHAEL KRÜGER

*Traducción del inglés de Sofía González de León*

Todos se imprimieron y reseñaron, y no habían terminado de repartirse cuando ya se habían escrito disertaciones sobre los mismos. *El Manual de los Premios Literarios Alemanes* —y no es broma— fue uno de los nuevos libros más voluminosos de la feria. No pasará mucho tiempo antes de que este monumento a una cultura de subsidios gubernamentales sin precedente sea objeto de tesis de maestría escritas, impresas y reseñadas por los sociólogos de la literatura.

Finalmente, hubo programas especiales de televisión, opiniones de los poetas, conferencias sobre poesía en las universidades, el auge navideño del libro, con mayores ventas que nunca, y se llevaron a cabo —como habrán leído— las elecciones. El señor Kohl, quien no tolera a los escritores e intelectuales, volvió a quedar como Canciller de Alemania del Oeste. En Año Nuevo, la televisión occidental alemana transmitió por error su mensaje del año anterior, lo que es seguramente el único detalle de humor que quedará ligado a su nombre. Hans Magnus Enzensberger publicó un ensayo sobre el crítico literario, en el que escribió:

"Ha abandonado la arena pública porque ya no lo necesitan, porque la literatura de la que habla ha perdido su sentido más pleno. La literatura es libre pero ni legítima ni pone en cuestión la estructura social en su conjunto. En literatura todo está permitido ahora, pero ya nada es importante. Bajo estas circunstancias, la militancia del crítico está cayendo en descrédito. Sus estrategias a largo plazo suenan anacrónicas. Su influencia se evapora en la indiferencia de un mercado pluralista en donde Dante y el Pato Donald se emparejan por su éxito comercial. La autoridad del crítico ya ni siquiera es impugnada. Se ha vuelto superflua."

Este punto de vista es tajante y suena aún más devastador cuando recordamos el papel destacado que el crítico ha jugado en Alemania desde Lessing y el comienzo de una literatura burguesa autosuficiente. El año de 1986 terminó con ecos de un aparato cultural que todavía funciona porque está subsidiado en gran medida por el Estado, pero que ya no tiene influencia sobre la opinión pública. Fue un año de contradicciones extremas, pues mientras algunos escritores (y Hans Magnus Enzensberger no está solo entre ellos) hablaron de la absurda falta de efectividad de su trabajo, otros reclamaron mayor apoyo a las Humanidades.

En los años setenta, los ministros de educación regionales pidieron que las universidades ampliaran sus facultades de ciencias, debilitando así deliberadamente a las humanidades. Hoy ocurre lo contrario. "Mientras más moderno es el mundo moderno", dijo Odo

Marquard, influyente periodista y presidente de la Asociación de Filósofos Alemanes, "más inevitable es la necesidad de las humanidades." Hasta el presidente de la Asociación de Patronos Alemanes, defensor habitual del rendimiento y el éxito, expresó la necesidad de las humanidades en un mundo de crecientes cambios científicos y tecnológicos. Reconciliar el mundo de la tecnología con los anhelos de la humanidad fue el mensaje de Lothar Spath, Primer Ministro de Baden Württemberg.

En otras palabras: en una época en la que "el pasado parece tener cada vez menos oportunidades de sobrevivir" (Marquard) las provisiones son necesarias para compensar las pérdidas. Un tremendo esfuerzo por conservar y revivir el pasado se está produciendo, hay más gente que nunca involucrada en este esfuerzo. Durante los últimos veinticinco años, Europa ha visto una proliferación de nuevos museos que supera la enorme oleada de la nueva arquitectura del siglo diecinueve. Exposiciones colosales, acompañadas de catálogos kilométricos, se organizan hasta en ciudades pequeñas. Los objetos creados ayer están hoy en los museos: las sillas en las que acabamos de sentarnos serán exhibidas el día siguiente. Si esta tendencia continúa, los escritores alemanes de los sesenta habremos de preocuparnos de ser exhibidos como objetos vivos y palpables.

Este mercado del libro ha reaccionado de la misma manera ante esta oleada de nostalgia histórica. Los editores se ocupan ahora de la Edad Media. Es desconcertante ver el exceso de libros sobre la comida, las costumbres de viaje y los intelectuales del siglo catorce, como si los alemanes estuvieran de veras interesados en las tradiciones religiosas, culturales, lingüísticas y familiares de ese período, mientras el presente se vuelve cada vez más elusivo e insatisfactorio. Como si esperáramos que esta compensación nos mantuviera vivos. "Tener esperanza significa tener una falsa idea de la vida", dice Gottfried Benn; este punto de vista describe perfectamente la situación. Probablemente conozcan todos la encantadora anécdota sobre Niels Bohr, tan común hoy en Alemania. Un invitado advirtió en la cabaña de Niels Bohr una herradura —típico amuleto de buena suerte— colgada sobre la puerta y preguntó: "¿Usted que es científico, ¿cree en eso?" Y Bohr contestó: "Por supuesto que no, pero me han asegurado que las herraduras funcionan aunque uno no crea en ellas". No hay mejor descripción del valor actual de la literatura. Ya nadie cree en sus historias, sin embargo, nadie se preocupa de prescindir de ellas. Podría decirse que es normal. Hubo una época en que la literatura estaba altamente politizada, en que la retórica y la solemnidad proclamaban el reemplazo de una cruda realidad —aunque no era tan cruda como pensábamos— por la ficción. Ahora se acerca una época de silencio y de quietud en la literatura, porque hoy es la realidad lo más creativo. Después de la contaminación del Rin, el escritor suizo Jürg Laederach escribió: "Al final del siglo veinte la realidad es un autor, indescriptiblemente poderoso y banal."

De cualquier manera, lo que pasa por modelo de equilibrio es decepcionante en una sociedad en la que estamos experimentando "un colapso total del sentido." Un sistema de referencia válido o parcialmente

válido obviamente ya no es posible, ni en política ni, ciertamente, en la cultura. ¿Porque habría de serlo en la literatura? Esta falta de marco de referencia que, sin duda, se oculta tras el concepto de "postmoderno" podría ser algo positivo: si no hay marco de referencia, muchas opiniones y muchos argumentos son entonces admisibles. El lado negativo es, sin embargo, la indiferencia. Si ya no hay verdad —cualquier cosa que eso signifique— entonces el arte mismo se vuelve falso, irreal. En su mensaje en la ceremonia del Premio Schiller, Dürrenmatt lo expresó de la siguiente manera:

Escribir se ha convertido en un asunto privado, que muy fácilmente corre el peligro de volverse privado. Pero cualquier escritor de hoy que pretenda escribir para la posteridad es un necio. En mi juventud, el fin del mundo se veía como algo astronómicamente remoto, porque el sol, cada vez más caliente, acabaría por estallar un día, dentro de millones de años. Y se esperaba que para entonces el hombre habría encontrado la manera de establecerse en algún otro lugar del universo. Gracias a la humanidad el fin de la humanidad es ahora posible en cualquier momento. Si la autodestrucción atómica no sobreviene, la humanidad se hallará en un trance geopolítico nunca imaginado. Los gobiernos tendrán que intervenir en las economías de mercado libre y en la búsqueda individual de la felicidad y, de este modo, los trastornos políticos serán inevitables. Si el teatro, que se ha vuelto libre, quiere luchar todavía por su libertad, tendrá que crear su propia falta de libertad. El arte de hoy es como un pedazo de tierra arrancada del banco del río; se irá corriente abajo hacia una catarata, subdividiéndose en varias islas. Cada persona puede moverse libremente en su isla, caminar contra la corriente, andar de un lado a otro, pararse de cabeza pero, haga lo que haga, la isla seguirá yéndose hacia la cascada. La cultura, incapaz de cambiar el curso del río o de obstruir su flujo cada vez más veloz, se ha vuelto ineficaz, superflua respecto de los acontecimientos del mundo.

Todavía tenemos que preguntarnos, sin embargo, por qué, de todas las artes, la literatura no ha iniciado una lucha, por qué se ha resignado a esta herma de su función. La literatura existe todavía, pero ya no dice nada, no interviene ni conmueve a nadie. Sin embargo, esto no es válido para las otras disciplinas culturales. Si la Fundación Wheatland me hubiera pedido que escribiera sobre la situación de las bellas artes, sobre el regreso de la imagen, el nuevo interés en los museos, la competencia entre los coleccionistas particulares, no me faltarían palabras. Lo mismo sucede con la arquitectura, el teatro, las humanidades, para no mencionar el llamado "Historikerstreit", la controversia entre los historiadores alemanes sobre la comparación de los crímenes nazis con otras masacres históricas. Este debate ha retenido nuestra atención por su vehemencia, inusual en esta disciplina y en sus representantes. El asunto fue más profundo de lo que aparentaba: una diferencia ideológica entre la derecha y la izquierda. Como resultado del proceso nacional de convertir los eventos recientes en historia, el verdadero problema era si el pasado del propio individuo podía despolitizarse y, por lo tanto, corregirse. El debate era entre la "Ilustración", uno de los términos favoritos de la izquierda e "Identidad nacional", uno de los términos

favoritos de la derecha, pero nadie se preguntó qué tenían que ver estos conceptos entre sí. Este debate, que causó furor en la prensa, fue también un tema de discusión en la campaña de las elecciones; pero, curiosamente, ningún escritor se unió a la disputa. ¿Por qué no? Hace quince años, los escritores no se hubieran preguntado dos veces sobre su participación en un debate tan relevante para su oficio de narradores. Con todo, desde la muerte de Heinrich Böll, a quien se extraña terriblemente como escritor político, los escritores han abrogado voluntariamente su propia libertad de expresión. Günter Grass, cuya novela *La rata* era deliberadamente política, recibió únicamente ásperos comentarios —“material aburrido y simplemente ilegible”— y se retiró hasta la India. Con unas cuantas excepciones, los demás están en silencio. Este silencio es tanto más elocuente porque no puede ser interpretado como una reacción al exceso de habladoría, como una auto-restricción deliberada para resistir al diluvio de palabras de todos los días —en otras palabras, como una postura elitista. Más bien, este silencio proviene de la decisión de los escritores de no querer ser escuchados; de esta manera, es un signo de resignación. Porque escritores como Benn o Jünger o Rudolf Borchardt ya no existen en Alemania, ya no pueden existir. Si un escritor considera su oficio como una vocación personal o espiritual más que como una profesión y si se niega a someterse a las atenciones de los medios de comunicación y, por lo contrario, insiste en dejar que solamente su obra hable por él, tendrá que atenerse a las sanciones públicas, porque tal actitud no es tolerada. La literatura se ha vuelto parte de una gigantesca cultura de entretenimiento, una terapia generosamente financiada por el gobierno para ayudarnos a escapar del aburrimiento, de nuestro exceso de abundancia y de nuestro desamparo en un mundo cada vez más complejo. De esta manera, el escritor alemán debe funcionar como un animador y, como tal, tiene que obedecer las reglas impuestas por el aparato cultural; de otra manera, se queda sin trabajo. Es algo que no necesito explicar a los norteamericanos.

Estaría cometiendo un error si concluyera sin dejar a los escritores hablar por ellos mismos. Max Frisch escribió recientemente: “En el desayuno, cuando hojeo los periódicos clasemedios, y al atardecer, cuando cambio de un canal a otro la televisión, tengo la certeza de que la Ilustración —la gran apuesta de Occidente— ha fracasado en esencia. “El poeta Günter Kunert escribe: “Ante todo, entre las razones de mi desesperación está la insondable e incomprensible esperanza de la mayoría de mis contemporáneos.” Y Wolfgang Hildesheimer, cuando le preguntaron si creía que el género humano sobreviviría, dijo: “La respuesta es, categórica y rotundamente: no.” Y Friederich Dürrenmatt: “La paz gradualmente se volverá tan peligrosa como ha sido la guerra, y la guerra no será guerra sino una Auschwitz atómica para la humanidad que borrará no sólo los cuerpos sino también las almas.” Y Siegfried Lenz: “Creo que el escritor está en lo correcto cuando dice: mientras tenga esperanza seguiré existiendo.” También Hans Magnus Enzensberger: “Qué difícil es para nosotros creer que no somos indispensables”.

Al final del siglo, el final del milenio, en Alemania, poco ha sobrevivido de la autoridad moral y la sabiduría de la literatura. Hasta la “intensa sensualidad” tan preciada en *El Tambor de Hojalata* es ahora sólo una importación de la novela latinoamericana. Por un lado estamos saciados de análisis de las ideas y, por otro lado, estamos hambrientos de descripciones relativas a hechos precisos. Es como si nosotros y las condiciones en las que vivimos hubiésemos sido transformados en objetos, volviendo casi imposible nuestra descripción, excepto por medio del análisis. La cultura de la televisión ha creado un nuevo ser humano cuyas acciones son dictadas únicamente por un “aburrimiento elemental”. Las nociones de interés y de lo interesante son las sentencias a muerte de su existencia social: no puede encontrar, ni le es permitido encontrar, nada interesante por algún tiempo sin comprometer su modo de vida. Sin embargo, este ser humano es evidentemente de poco interés para la literatura también. La literatura lo ignora de la misma manera en que él ha vuelto la espalda al malestar de los escritores en Alemania.

Como resultado, la literatura se atiene a sí misma en una sociedad que, según Luhmann, “ya no está estructurada según las jerarquías sociales, sino según categorías como la economía, la política, la justicia, la ciencia, la religión y así sucesivamente.” Hace poco, la reseña de un libro comenzaba así: “cuando abro un libro, sé con anticipación que todo lo que aquí se dice se dice indirectamente, como un comentario...” El lector se concentra en sí mismo y sin embargo tiene que sentir que esta concentración en uno mismo no es primordial para el desarrollo social. El efecto siniestro de saber que lo que nos motiva ya no está basado en la realidad tiene que intensificar el sentido de *Entwirklichung* (pérdida de la realidad, alienación, desrealización). Cuando escribí la palabra *Entwirklichung*, no sabía cómo podría ser traducida al inglés y esperaba secretamente que no pudiera ser vertida a su lengua para que pudieran pensar: “¡Dios mío, estos alemanes tienen problemas!” Pero permítanme tranquilizarlos; tenemos problemas pero también tenemos libros. Libros de Peter Handke y Botho Strauss, de Jurek Becker y Ludwig Harig, de Thomas Bernhard y...

¡Pero ese es otro problema!

